

DILEMAS DE LA GLOBALIZACIÓN: HIBRIDACIÓN CULTURAL, COMUNICACIÓN Y POLÍTICA¹

Juan DE LA HABA
Enrique SANTAMARÍA²

1. PRESENTACIÓN

La palabra *globalización* es uno de esos novedosos y ciertamente exitosos términos con los que hoy tratamos de nombrar y hacer inteligible, siquiera en parte, algunas de las enormes y múltiples transiciones en las que nos hallamos inmersos. En ella se condensan, de forma polisémica y con frecuencia hartamente confusa, muchos significados, intenciones y expectativas sobre las nuevas realidades sociales, políticas y culturales propias del capitalismo mundializado.

Néstor García Canclini, del que puede afirmarse que es uno de los más fecundos y originales antropólogos latinoamericanos contemporáneos, y cuya extensa y diversa obra se ha construido en una encrucijada a la que no son ajenas la filosofía, la sociología y los estudios culturales, ha analizado la complejidad de los actuales procesos de globalización, especialmente por lo que hace a las sociedades latinoamericanas, y las consecuencias que éstos comportan para los procesos identitarios, centrando sus análisis en dos de los escenarios fundamentales en los que habitan e interactúan lo transnacional y lo local: esto es, las ciudades y las industrias culturales.

En su último libro, *La globalización imaginada* (Paidós, 1999), no sólo ha pretendido, como viene siendo habitual en su obra —y especialmente en sus influyentes trabajos *Culturas híbridas* (Grijalbo, 1990) y *Consumidores y ciudadanos* (Grijalbo, 1995)—, repensar las formas en que cabe estudiar y comprender la creatividad y el arte, los consumos culturales y la comunicación bajo las condiciones de un mercado cultural cada vez más polimorfo, globalizado e industrializado, sino que en esta ocasión ha pretendido además abordar, más allá de los hechos mismos de la globalización, las metáforas y narrativas que la imaginan, los imaginarios que la surcan y configuran, que la consagran o que la contestan.

¹ Entrevista publicada en *Voces y culturas. Revista de Comunicación*, núm. 17, Barcelona, 2001, pp. 143-165.

² Miembros del Equipo de Investigación en Antropología y Sociología de los Procesos Identitarios (ERAPI), del Institut Català d'Antropologia (ICA).

La entrevista que hemos mantenido «a distancia» con Néstor García Canclini se ha centrado en los vínculos entre cultura, comunicación y sociedad, en los ligámenes entre los actuales procesos culturales y comunicacionales y las nuevas formas que está adoptando la cultura política, con la manifiesta intención de ahondar críticamente en los insoslayables dilemas teóricos, epistemológicos y políticos a los que las actuales transformaciones nos encaran.

2. ENTREVISTA

— A lo largo de esta entrevista queremos pedirle algunas reflexiones sobre las implicaciones y perspectivas de la globalización como proceso histórico. Pero antes que nada, tal vez, conviene señalar que, con frecuencia, no está nada claro lo que hay detrás de esta rúbrica. Usted mismo habla de la globalización como un «objeto cultural no identificado» y, consecuente con ello, hace un esfuerzo de precisión conceptual al distinguir entre la internacionalización, la transnacionalización y la globalización. ¿No cree que asistimos a una cierta banalización, a un uso inflacionario, de la rúbrica global? Es más, ¿en muchos casos no acontece un cierto reduccionismo en la oposición global/local, que en gran medida puede llevar a omitir o a desconsiderar la importancia de los espacios/acciones de mediación cultural, económica y sociopolítica, en especial de aquellos que puedan estar en proceso de formación y que son más novedosos?

N.G.C.: Efectivamente, hay una sobreutilización del término globalización, que se debe en parte a la complejidad de los cambios de las últimas décadas y a la pretensión de designarlos apresuradamente con una palabra-síntesis. Ni neoliberalismo, ni globalización, ni posmodernidad son —cada uno por sí solo— suficientes para nombrar los procesos socioeconómicos, políticos y culturales recientes. Es ante el desconcierto que generan estas transformaciones que se llega a convertir «globalización» en una especie de valija mal hecha. Por la necesidad de viajar con ella a muchos países y combinar procesos de distinta escala, se ponen en la maleta objetos heterogéneos que tienen usos diversos más algunos otros que no se van a utilizar. Diferenciar entre las herramientas que sirven o no es más fácil cuando se habla de los mercados financieros o de otras áreas de la economía, donde la globalización es **circular**, planetaria, o sea que todas las sociedades son interdependientes con las demás. La cuestión es más complicada cuando nos referimos a globalizaciones **tangenciales**, como en la industria editorial o en otros agrupamientos de países por conexiones históricas o regiones culturales; por ejemplo, dentro de América Latina, o con Europa o Estados Unidos.

La antropología y los estudios comunicacionales

— *Como usted mismo pone de manifiesto a lo largo de su obra, la globalización obliga de forma ineludible a una redefinición de las ciencias sociales y de sus relaciones mutuas. Nos gustaría preguntarle, en primer lugar, por los retos epistemológicos a los que nos encaran los actuales procesos de globalización o, lo que es lo mismo, por el modo en que estos procesos afectan a las ciencias sociales y más concretamente a las relaciones que mantienen entre ellas.*

N.G.C.: Me parece que los retos epistemológicos que encontramos al estudiar la globalización continúan los desafíos que vivimos durante la modernidad. No creo que se resuelvan los dilemas de las ciencias sociales en la actualidad optando entre dos estrategias de conocimiento que han sido transitadas, a propósito de la crisis de la modernidad, y que dieron lugar por un lado a lo que se ha llamado un pensamiento único o neoliberal y por otro al pensamiento posmoderno. Lo propio del pensamiento neoliberal, en este registro epistemológico, es reducir el conjunto de las actividades sociales a prácticas mercantiles, y a su vez disminuir o empobrecer la vida económica como si se tratara solamente de inversiones financieras que logran más o menos réditos. Por otro lado, junto a quienes crean este tipo de totalitarismo financiero en el campo epistemológico, se halla una especie de indefinición en las fronteras entre las disciplinas y desdibujamiento de las especificidades. Es, en parte, lo que ha ocurrido con el pensamiento posmoderno, que tiende a olvidarse de las exigencias de contrastación empírica y racionalidad instauradas durante la modernidad, con lo cual narra los procesos de globalización como vagas formas de nomadismo, integración indefinida de tipo multicultural, entre etnias y naciones que van siendo homogeneizadas o acercadas.

Entre ambas líneas interpretativas quedan muchos procesos atractivos para que las ciencias sociales ejerciten las disciplinas intelectuales que las han caracterizado. Tengo la impresión de que, en la última década, la economía ha tendido a devorar a las otras ciencias sociales, neutralizando la posibilidad de pensar y estudiar todo aquello que no es mercado, y a su vez la economía ha sido, como decía, subsumida en movimientos financieros olvidando muchas otras razones por las cuales trabajamos, producimos, consumimos, intercambiamos bienes y mensajes. Tal vez el reto mayor en este momento sea restablecer los diferentes campos de lo social con sus especificidades, y, simultáneamente, repensar sus interconexiones, las implicaciones entre lo económico, lo político, lo cultural y lo social. Por eso pienso que los estudios sobre globalización no deben ser reducidos a globalismo, a simple ideología única, unidimensional, necesitan enriquecerse con estudios sobre la interculturalidad. Y viendo las tendencias retóricas con las que se han movido separadamente los estudios sobre globalización y los estudios sobre interculturalidad, digo que pareciera tratarse de una relación entre épica y melodrama. Las divisiones actuales entre las ciencias sociales ocurren en la medida en que se busca armar relatos épicos con los logros de la globalización —economía, cierta parte de la sociología y estudios comunicacionales— y aliado, o a veces lejos, los que se construyen con las relaciones melodramáticas, o sea con los dramas de la interculturalidad, la antropología, el psicoanálisis, la estética.

Cuando los globalizadores a ultranza o los globalistas no tienen más remedio que hablar de los dramas interculturales, los consideran simples resistencias de la globalización o lamentables exclusiones, formas de pobreza o de indefensión de los que no tienen nada para decir. En cambio los especialistas en la interculturalidad, sobre todo los antropólogos, tienden a marcar las diferencias, las incompatibilidades entre culturas y de ello infieren que los procesos globalizadores han fracasado o nunca van a podernos homogeneizarnos a todos. Me parece que estamos situados en esta encrucijada y que el avance de las ciencias sociales depende de que logremos, no simplemente hacer trabajo interdisciplinario, sino conjuntar estas dos estrategias, reconocer lo que puede haber de épico y lo que sin duda hay de melodramático en los actores sociales.

— De la misma manera, estos procesos necesariamente obligan a una redefinición del objeto de estudio y del trabajo científico tanto para la antropología como para los estudios de la comunicación, en la medida en que la cultura y las culturas mismas no cesan de reformularse en las actuales condiciones de multiculturalidad y de comunicación globalizada. Desde diversas disciplinas y por parte de diferentes autores, se insiste en la necesidad de reconsiderar el término cultura. ¿Qué cambios provocan estas nuevas condiciones para la teoría y la investigación de la cultura? ¿Cuál piensa que debe ser la función y la vocación de la antropología contemporánea y, en particular, qué contribuciones puede hacer hoy la antropología a los estudios comunicacionales?

N.G.C.: Tal vez la principal transformación del término cultura, a la que estamos asistiendo, es el pasaje del estudio de la cultura en entidades locales a la necesidad de reconocer la interculturalidad. En este sentido, los cambios globalizadores nos conducen a reconceptualizar la cultura y a verla en un horizonte más extenso. Hasta hace pocos años varias disciplinas que se ocupaban de la cultura, fueran la antropología, la sociología o los mismos estudios comunicacionales, tendían a concebir la producción, la circulación y el consumo de cultura como algo que ocurría dentro de cada nación. Cuando los antropólogos hablaban de las diferencias entre culturas, se planteaban problemas de compatibilidad o conmensurabilidad entre culturas que habían sido abarcadas, hasta cierto punto integradas, dentro del Estado nacional. Pero tenían muy poco que decir cuando se ocupaban de los conflictos entre culturas de diversos procesos nacionales. Varios autores, en los años recientes, están proponiendo reconceptualizar la cultura, justamente para colocar en el centro estos movimientos de interculturalidad suscitados por las migraciones, por los flujos económicos, financieros, mediáticos, de todo tipo. Es interesante, por ejemplo, que Arjun Appadurai considere la cultura no como un sustantivo, puesto que no es un tipo de objeto o cosa, sino como un adjetivo, como **lo cultural**. Así, según este autor, se facilitaría referirnos a las diferencias, contrastes, comparaciones que ocurren en los procesos culturales. La cultura no es vista, entonces, como una propiedad de individuos o de grupos, sino como un proceso de indiferenciación, o para decirlo con una frase de Frederic Jameson que lleva a una afir-

mación más radical, la cultura, según él, sería un conjunto de estigmas que un grupo porta ante los ojos de otros y viceversa.

En todo caso, lo que tratan estos autores es de pensar la cultura como un vehículo para que se efectúe la relación entre los grupos sociales dentro de una nación, pero también atravesando naciones diferentes. Me parece que en este contexto la colaboración entre antropología y estudios comunicacionales se vuelve decisiva. Los estudios comunicacionales han puesto de manifiesto el carácter transcultural, transnacional de los fenómenos de comunicación masiva o de industrialización de la cultura. La antropología, a la vez, tiene los instrumentos para pensar los problemas de alteridad y estudiar las diferencias entre culturas. Juntando ambas perspectivas podemos ensayar aproximaciones antropocomunicacionales a procesos que todos los días desbordan los continentes nacionales y los ámbitos clásicos de la observación de la cultura y también podemos darle una especificidad a las diferencias entre grupos culturales, al arraigo que los procesos comunicacionales tienen en sociedades particulares, y las modulaciones que van asumiendo cuando circulan los mensajes entre distintas sociedades con historias culturales diferentes.

— *En su último libro, La globalización imaginada, se interesa en especial por las narrativas e imaginarios de la globalización que, desde diversas posiciones, relatan o dan cuenta de las realidades y las prácticas sociales, a través de las cuales narramos o nos narramos lo que sucede en la sociedad ¿Su interés por las narrativas y metáforas de la globalización se debe a que ésta es aún, en tanto que objeto de estudio, inasible en toda su complejidad; de que, como usted ha señalado también, carecemos de una teoría unitaria sobre la globalización o, incluso que ésta es imposible de alcanzar? ¿En qué medida y cómo hablar de narrativas —incluyendo en ellas las imágenes, las metáforas, etc.— permite ensayar o ampliar las vías de reflexión, formular nuevas hipótesis de trabajo? ¿Qué implicaciones tiene hablar de narrativas sociales en el momento de hacer una investigación?*

N.G.C.: Es evidente que carecemos de una teoría consensuada sobre la globalización que abarque las dimensiones económicas, sociopolíticas, culturales que la constituyen. Nada en este momento permite prever que esa teoría vaya a formarse próximamente. Tal vez lo que más nos aproxima a una conceptualización amplia y más abarcadora sobre globalización es el encabalgamiento de algunos estudios socioeconómicos con estudios culturales, y, sobre todo, estudios referidos a la interculturalidad. Cuando concedo tanta importancia a las narrativas y metáforas de la globalización, no estoy simplemente recurriendo en forma provisoria a esos relatos e imágenes hasta tanto tengamos una teoría científica. Se trata, más bien, de reconocer la necesidad de una doble aproximación a los procesos sociales en todas las épocas. O sea, vivimos procesos empíricamente observables, tenemos datos económicos, financieros, comunicacionales, migratorios; tenemos, por ejemplo, datos cada vez más precisos sobre los enormes movimientos de inversiones y consumos que ocurren en las in-

dustrias culturales; pero por esas industrias circulan al mismo tiempo imaginarios y esos imaginarios no son un decorado, un componente externo o indiferente a lo que sucede en los procesos más concretos, por decirlo así, empíricamente observables.

Varias teorías de lo social reconocen que lo imaginario también representa e instituye lo social. Conformamos, a través de imágenes, nuestra sociedad y lo que sucede en relación con otros, no nos movemos sólo con lo empíricamente verificable con respecto de los otros, sino también con suposiciones y conjeturas. Siempre ha sido así. Pero tal vez en esta época vivimos la mayor tensión entre conocimientos científicos de lo social, de lo comunicacional, y al mismo tiempo una vastedad de mundo, una opulencia de información, imágenes, referencias de muchas culturas que nos hacen experimentar un vértigo sólo nombrable con metáforas o abarcable a través de narrativas. Si usamos metáforas y relatos en parte es para evitar perdernos en la dispersión del sentido, pero a su vez, como dice Alain Mons, ese ordenamiento es siempre una delimitación textual.

— Suele ser frecuente que se le asimile con los llamados estudios culturales en Latinoamérica, ¿podría especificarnos cuáles son hoy en día sus relaciones con los estudios culturales y cuál es el balance que se podría hacer de las aportaciones que desde esta perspectiva teórica se han realizado en el campo de la antropología y de los estudios comunicacionales?

N.G.C.: Sigo teniendo una relación estrecha con autores, reuniones y publicaciones, ubicados bajo el logo de los estudios culturales en América Latina, Europa y Estados Unidos. Pero los vínculos son diversos en tanto las razones por las que los *cultural studies* se desarrollaron en Gran Bretaña, ligados a los estudios literarios y comunicacionales, son distintas de las que los hicieron expandirse en Estados Unidos, como alternativa académica a las humanidades y la antropología clásicas. En América Latina no encuentro muchos practicantes ortodoxos de los estudios culturales, ya sea que los conectemos con lo que se ha entendido por ortodoxia o modelos intelectuales en unos u otros países anglosajones. Quizá Nelly Richard, Hugo Achugar y Heloisa Buarque de Holanda sean quienes más nutrieron su pensamiento en los estudios culturales, pero lo hacen tan polémicamente con los desarrollos metropolitanos que configuran estilos claramente diversos. Y si es posible hablar de estudios culturales en América Latina hay que tomar en cuenta contribuciones tan variadas como las que Jesús Martín Barbero elaboró desde los estudios comunicacionales, José Joaquín Brunner desde la sociología de la educación y la cultura o Renato Ortiz entrelazando antropología, sociología y análisis de las industrias culturales. La historia se complica más todavía porque los llamados estudios culturales latinoamericanos han crecido también con aportes de investigadores que sólo en parte, en términos de pasaporte, están fuera de la región, como George Yúdice.

Considero que este campo un tanto difuso es muy fecundo. Pero a la vez percibo que sigue siendo vigente lo que escribí hace cuatro años en el sentido de que los estudios cultu-

rales se hallan en un período de *estanflación*, o sea estancamiento con inflación, según el neologismo inventado por los economistas para describir la situación de los años ochenta en muchos países. En el último quinquenio siguen multiplicándose los congresos, libros y revistas dedicados a estudios culturales, pero el torrente de artículos y ponencias casi nunca ofrece más audacias que ejercicios de aplicación de las preguntas habituales en los estudios culturales a un poeta del siglo XVII, un texto ajeno al canon o movimientos de resistencia marginal que aún no habían sido reorganizados bajo este estilo indagatorio. La proliferación de pequeños debates amplificadas por Internet puede dar la apariencia de dinamismo en los estudios culturales, pero —como suele ocurrir en otras interacciones de la oferta con el consumo— tanta abundancia, circulando globalizadamente, tiende a extenuarse rápido. No deja tiempo para que los nuevos conceptos e hipótesis se prueben en investigaciones de largo plazo, y pasamos corriendo a imaginar lo que se va a usar en la próxima temporada, qué modelo nos vamos a poner en el siguiente congreso internacional.

Hay, sin embargo, algunos productos que escapan a ese mercado, a esos desfiles vertiginosos. Después de veinte o treinta años de estudios culturales, es posible reconocer que esta corriente generó algunos resultados mejores que la época de *fast-thinkers* en que le tocó desenvolverse. Unas cuantas investigaciones han contribuido a pensar de otro modo los vínculos con la cultura y la sociedad de los textos literarios, el folclor, las imágenes artísticas y los procesos comunicacionales. En algunos casos, sobre todo en América Latina, al estudiarse conjuntamente la interacción de estos campos disciplinarios con su contexto se viene produciendo una renovación de las humanidades y las ciencias sociales. En Estados Unidos, los *cultural studies* han modificado significativamente el análisis de los discursos, dentro del territorio humanístico, pero son escasas las investigaciones empíricas: en esa especie de enciclopedia de esta corriente que es el libro coordinado por Lawrence Grossberg, Any Nelson y Paula Treichler³ a lo largo de sus 800 páginas no se encuentra ningún dato duro, ni gráficas, muy pocos materiales empíricos, pese a que varios textos hablan de la comunicación, el consumo y la mercantilización de la cultura. Entre sus cuarenta artículos ni uno está dedicado a la economía de la cultura. Ante tales carencias son comprensibles ciertas resistencias de muchos científicos sociales frente este tipo de análisis.

El otro aspecto crítico que deseo destacar es que la enorme contribución realizada por los estudios culturales para trabajar transdisciplinariamente y con procesos interculturales —dos rasgos de esta tendencia— no va acompañada por suficiente reflexión teórica y epistemológica sobre esta reformulación del proceso de conocimiento. Sin esto último, puede ocurrir lo que tantas veces se ha dicho de los estudios literarios, del folclor y de otros campos disciplinarios: que se estancan al ensimismarse en la aplicación rutinaria de una metodología poco dispuesta a cuestionar teóricamente su práctica.

Propongo esta hipótesis: los estudios culturales pueden librarse del riesgo de convertirse en una nueva ortodoxia fascinada con su poder innovador y sus avances en muchas

³ El autor se refiere a la obra *Cultural studies*, Routledge, Nueva York, 1992.

instituciones académicas, en la medida en que encaremos los puntos teóricos ciegos, trabajemos las inconsistencias epistemológicas a las que nos llevó movernos en las fronteras entre disciplinas y entre culturas, y evitemos «resolver» estas incertidumbres con los eclecticismos apurados o el ensayismo de ocasión a que nos impulsan las condiciones actuales de la producción «empresarial» de conocimiento y su difusión mercadotécnica.

Los procesos de hibridación y el papel que en ellos juegan las industrias culturales

— *En varios de sus trabajos ha insistido en la necesidad de pasar del estudio de la identidad al estudio de la heterogeneidad multitemporal. Además, en ellos ha introducido el término hibridación cultural como una interesante herramienta teórica que ha contribuido a renovar la comprensión de los procesos culturales. En correspondencia con ello, ¿cómo debemos reconsiderar, en las actuales condiciones de la globalización, la multiculturalidad constitutiva de las sociedades contemporáneas? ¿Qué modalidades adopta la multiculturalidad en la actualidad?*

N.G.C.: La globalización ha intensificado la interculturalidad, o sea el acceso simultáneo a repertorios de muy diverso origen. Por lo mismo, aumenta la heterogeneidad con mayores cruces de lenguas, estilos de producción y de consumo. Algo significativo es que, a diferencia de la mayor parte de los estudios sobre multiculturalidad que se refieren a multietnicidad, la multiculturalidad globalizada se desenvuelve especialmente haciendo interactuar o colocando en competencia culturas modernas que no tienen perfiles étnicos, sino más bien de edad, de diferencias educativas o de gustos. En algunos casos, la manera en que se produce la hibridación intercultural dentro de las reglas de industrialización de la cultura genera nuevas formas de segmentación dentro de las sociedades nacionales, de interrelación entre los grupos étnicos. Dentro de una sociedad nacional como México, hay varios millones de indígenas mestizados con los colonizadores blancos, pero algunos se han chicanizado al viajar a Estados Unidos, otros remodelan sus hábitos y grupos en relación con los espacios comunicacionales masivos, otros adquieren un alto nivel educativo y enriquecen su patrimonio indígena tradicional con saberes y recursos comunicacionales de varios países, otros se incorporan a empresas coreanas o japonesas crecientes en los últimos años en México, fusionan así su capital étnico de origen con los conocimientos y disciplinas de esos espacios transnacionales. Estas condiciones interculturales nos llevan, más que a afirmar una identidad autosuficiente, a situarnos en medio de una heterogeneidad compleja, no sólo interétnica, y es en ese contexto complejo en que debemos estudiar las hibridaciones.

— *En otro orden de cosas, si bien cabe hablar de diversas experiencias de hibridación sociocultural, ¿cómo caracterizaría las estrategias de hibridación de los sectores hegemóni-*

cos y las de las clases populares? ¿Qué papel desempeñan, en su opinión, los medios de comunicación en esos procesos de hibridación, en la modelación o construcción de las diversas experiencias de hibridación o de mezcolanzas interculturales? ¿En qué medida los medios de comunicación masivos posibilitan o, por el contrario, expropian a los sectores subordinados de las condiciones necesarias para construir su experiencia de la hibridación, reformulando así sus propias producciones culturales?

N.G.C.: Está bien que se trate de entender las distintas estrategias de hibridación evidenciando los sectores hegemónicos y clases populares. Así mismo, hay que considerar el papel decisivo de los medios de comunicación en la remodelación de las culturas locales y regionales, haciéndolas interactuar y fusionándolas a escala transnacional. También me parece significativo hacer este tipo de distinciones para evitar las versiones demasiado amables del mestizaje o de la hibridación. Por eso, he insistido en varios textos que el objeto de estudio no es la hibridez, como algo ya consolidado o producido, sino los **procesos de hibridación**. Es esta diferencia lo que permite reconocer que hay procesos no sólo de fusión sino de desgarramiento, e incluso aspectos que no llegan a ser hibridados. Una teoría no ingenua de la hibridación es inseparable de una conciencia crítica de sus límites. Debe distinguir lo que se impone como hibridación o lo que no se deja o no quiere o no puede ser hibridado. De manera que vemos así la hibridación como algo a lo que se puede llegar, de lo que es posible salir, un proceso en el que aparece lo que podríamos llamar insoluble, lo que nunca resuelve del todo, las diferencias y desigualdades presentes en los procesos de hibridación.

Estas asimetrías entre los sectores hegemónicos y populares se han acentuado con la mundialización al crearse mercados globales de bienes materiales. Los mensajes migrantes, los flujos e interacciones que ocurren en estos procesos ponen en interacción a sectores y grupos comunicándonos más, pero también generan nuevas desigualdades y diferencias. Por una parte, se propician formas inéditas de hibridación productiva, comercial, comunicacional y de consumo más diversificadas e intensas que en el pasado, y así vemos en la música fusiones de melodías étnicas de varias regiones y aun varios continentes, por ejemplo de grupos de rock o de música pop inglesa o estadounidense o francesa con africanos, asiáticos y latinoamericanos. Pero cabe destacar que los autores protagónicos de estas fusiones o los que deciden cómo editar esas mezclas suelen ser de los países metropolitanos. En muchos casos hay, como ustedes dicen, una expropiación del patrimonio cultural intangible, el patrimonio musical, de los pueblos subalternos o periféricos sin reconocer los derechos de autor, sin darles tampoco participación en las ediciones. Algunas empresas, como la de Peter Gabriel, son más respetuosas, algunas *indies* de países latinoamericanos han trabajado con mayor cuidado los repertorios locales y las historias propias que han generado esas músicas, incluyendo en cuadernillos que acompañan los discos información cultural que permita contextualizar las melodías y las letras. Pero en muchos otros casos, las ediciones hechas por las megaempresas como Sony, tienden a aplanar la diversidad y homogeneizar los significados. Así la globalización, o la hibridación que puede realizarse

en condiciones de globalización, integra y genera nuevos mestizajes, pero también segrega y produce mayores desigualdades; por eso, en algunos casos, estimula también reacciones de afirmación enérgica de la diferencia y de rechazo en bloque a la globalización sin tomar en cuenta las oportunidades que ésta ofrece para difundir músicas locales, para obtener nuevas formas de participación más competitiva en los mercados internacionales.

— *En torno a la cuestión de las identidades socioculturales, hay que tener presente que desde diversas perspectivas se viene hablando de «identidades fluidas», «nómadas», «fronterizas», etc., ¿cómo valora estas reconceptualizaciones?, ¿considera que, en el contexto de los diversos procesos de desterritorialización a los que con la globalización parece que asistimos, se puede hablar de nuevas formas de pertenencia?*

N.G.C.: Por los argumentos señalados antes tengo cada vez más reticencias a usar las nociones de identidades fluidas, nómadas y otras fórmulas con las que el pensamiento posmoderno ha subrayado lo que efectivamente surge y puede interactuar sin barreras o saltándose las fronteras. Me parece que esas conceptualizaciones deben ser tomadas con más prevenciones. Hay que colocarlas junto a las fronteras que siguen existiendo, a las trabas para acceder a los repertorios mediatizados. Lo mismo podemos decir de la noción de desterritorialización: yo la he usado quizá demasiado generosamente en el libro *Culturas híbridas*, y un crítico inglés me hacía notar que dedico muchas páginas a hablar de desterritorialización en ese libro, pero sólo una habla de territorialización. Hoy pienso que es preciso abarcar en los análisis tanto los procesos de liberación de las fronteras, de ubicuidad de los productos, de los mensajes y los consumos como los movimientos de afirmación territorial, de señalamiento de las diferencias.

Por eso, hay que considerar cómo las viejas y nuevas formas de pertenencia entran en conflicto o a veces se complementan. Por una parte, aparecen nuevas formas comunitarias, de identidad, en comunidades de consumo ocasionales, sobre todo entre los jóvenes o en los sectores incorporados a los circuitos de internet u otras formas de comunicación electrónica; pero al mismo tiempo existe una tendencia a afirmar formas antiguas de pertenencia y aun a encapsularse hasta llegar incluso al sentimentalismo. Ambas corrientes compiten, luchan y nos impiden afirmaciones demasiado vagas o generalizantes sobre el nomadismo en las sociedades contemporáneas.

— *Usted ha señalado que «toda política cultural es una política con los imaginarios que nos hacen creer semejantes». De hecho, la tercera y última parte de La globalización imaginada la dedica a tratar las políticas y estrategias ante la multiculturalidad. ¿Cómo cree que deberían entenderse hoy en día unas políticas interculturales alternativas que se encaren con el contexto y los dilemas que impone una cultura fundamentalmente industrializada (especialmente por lo que hace a su circulación y recepción)?*

N.G.C.: En el caso de que puedan existir políticas culturales alternativas no tiene mucho sentido pensarlas como políticas sólo reactivas a la globalización o que pretendan prescindir de los procesos globalizadores o de industrialización de la cultura. Por esto mismo no puede haber políticas culturales que sólo se reestructuren a escala nacional, o cuando lo hacen tienen que afrontar que permanecen ajenas a las mayores inversiones en cultura, a los flujos de comunicación más influyentes, o sea los de las industrias culturales globalizadas que atraviesan fronteras, agrupan los repertorios simbólicos, los conectan por regiones geoculturales y a veces a través de todo el mundo. No sólo por la acción de las industrias culturales ocurre esta transnacionalización, sino también por las migraciones transnacionales que crecen cada año, que plantean desafíos inéditos a la gestión de la interculturalidad más allá de las fronteras de cada país. En esta perspectiva diría que las políticas culturales, tal vez más que pensarse como alternativas, como algo radicalmente distinto, valdría la pena que se concibieran como un tipo de operación que asuma la densidad y complejidad en el mundo globalizado a fin de replantear los problemas identitarios a la vez como oportunidades y como peligros de la convivencia en la heterogeneidad.

Si partimos del hecho de que la función principal, en este cambio de siglo, de los estudios culturales no es afirmar identidades o dar elementos a las culturas para que se idealicen, debemos más bien ver cómo esas políticas pueden hacernos aprovechar mejor la heterogeneidad, la variedad de mensajes disponibles para convivir con los otros. Otra de las consecuencias es que este horizonte supranacional de las gestiones culturales obliga a reformular lo que se concebía como cooperación intergubernamental. No se trata simplemente de los modestos intercambios diplomáticos que hasta ahora han caracterizado casi toda la acción estatal o de los organismos internacionales como la OEA y las reuniones de presidentes iberoamericanos. Necesitamos, asimismo, políticas muy activas de regulación y movilización de recursos a nivel internacional, necesitamos reconstruir la esfera pública más allá de las fronteras de cada nación. Sin duda, es importante revitalizar los espacios públicos dentro cada país para dar sentido social a ámbitos y circuitos culturales afectados en las dos últimas décadas por las privatizaciones; pero también es preciso reconsiderar los papeles de las músicas nacionales y de otros actores públicos en medio de los acelerados acuerdos para integrar regiones sólo con propósitos mercantiles. Es hora de preguntarnos en Europa y en América cómo acompañar los intercambios comerciales con la coproducción intercultural.

Los medios de comunicación y la redefinición del «espacio público»

— *En estas condiciones de comunicación globalizada, de interacciones y relaciones cada vez más deslocalizadas, se hace necesario revisar las definiciones y las relaciones entre lo público y lo privado. Usted ha hecho hincapié en la complejización, la fragmentación y, al mismo tiempo, la mayor indefinición o sinuosidad, de las interacciones y tensiones entre*

estos ámbitos. ¿Cómo debemos entender hoy estas nociones, especialmente la de «espacio público»? Más aún, en la medida en que las empresas comunicacionales, junto con otros sectores económicos, han remodelado el mercado cultural y, con él, las narrativas sociales, dándole un alcance transnacional, ¿cree que es posible hablar también de una «esfera pública transnacionalizada»?

N.G.C.: Algunos autores, como John Keane, han hecho contribuciones importantes en años recientes en esta dirección. Como él y otros muestran, es urgente que resolvamos las dificultades teóricas y políticas para que esta esfera pública internacionalizada pueda existir. Para eso, es preciso reconceptualizar lo que es un espacio público, a la luz de lo que venimos diciendo sobre la industrialización de la cultura. En la línea en que esta revista trabaja, me parece indispensable hablar no sólo de **espacios** públicos sino de **circuitos** públicos. Este desplazamiento conceptual tiende a considerar aquellos circuitos, flujos no espacializados, no fácilmente identificables con un territorio o una nación, y que son sumamente influyentes.

Si queremos revisar la recomposición de los vínculos entre lo público y lo privado, y sobre todo lo público perdido en los últimos años, es necesario revertir las tendencias a la privatización generalizada con que las políticas económicas neoliberales han descompuesto las antiguas formas de configuración de lo público. Pero hemos de reconocer que algunas de esas formas, ligadas por ejemplo a la radiodifusión, han perdido eficacia, o están integradas en procesos multimedia.

Políticas ante la globalización

— En el marco de estas dinámicas de transformación se produce también una remodelación de los ámbitos políticos ¿Qué papel otorga al Estado-nación en el contexto de economías abiertas y globalizadas? ¿En qué medida el Estado social, como proveedor de demandas de los ciudadanos, pierde terreno o está siendo erosionado de una forma decisiva y qué papel juegan los procesos de globalización en ello? Es más, ¿qué implicaciones tienen estos fenómenos para la noción de ciudadanía, para sus contenidos y sus funciones, y especialmente para las condiciones de su ejercicio? ¿Podemos considerar que estos procesos históricos sientan las bases para la emergencia de nuevos modelos de ciudadanía?

N.G.C.: También las viejas separaciones entre lo nacional y lo extranjero, acompañadas de una legislación que obligaba en muchos países a proyectar el cincuenta por ciento de tiempo de pantalla con películas nacionales, o el cincuenta por ciento de tiempo radial con música del propio país, han perdido eficacia en una época de globalización. Y a la vez es urgente encontrar nuevas formas de valoración de lo público a escala transnacional, de manera que puedan ser asumidas por *ombudsman*, por defensores transnacionales y naciona-

les de los derechos culturales. A lo que venimos diciendo sobre la necesaria reorganización pública de las sociedades transnacionales y la constitución de actores fuertes, con consensos de muchos países y muchos sectores, que actúen a nivel transnacional, hay que agregar que el Estado-nación no está agotado. Hemos pasado demasiado rápido de las críticas, a veces merecidas, a los Estados nacionales ineficientes, corruptos y desubicados con la globalización, a una indiferencia acerca de las responsabilidades de los Estados nacionales. Es posible que el Estado de bienestar clásico deba prescindir de algunas operaciones paternalistas; pero no veo por qué ignorar que todavía el mundo está organizado en gran medida en territorios administrados por Estados nacionales. La mayor parte de los bienes, y todavía un altísimo número de los mensajes que se consumen en cada país proceden del propio país, y aun cuando sean originados afuera pueden ser, son de hecho, seleccionados y distribuidos en función de intereses que pueden ser regulados. El Estado, entendido no como una nomenclatura o una burocracia inerte, rutinaria, debe reformularse como Estado cohesionador, donde se expresa la cohesión de la sociedad. No tiene por qué perder terreno, sino articularse con otros Estados para impedir la erosión de la vida pública. Necesitamos, entonces, fortalecer la ciudadanía, por una parte ampliando la escala transnacional como ha ocurrido hasta cierto punto en la Unión Europea, y también fortalecerla hacia adentro de los países realizando toda la descentralización posible para que se ejerza desde los municipios, desde las unidades nucleares de organización social, una acción directa cada vez más responsable en relación con los procesos históricos. Todavía la ciudadanía a escala nacional tiene sentido. Cualquier nuevo modelo de ciudadanía de los que están conformándose en este tiempo debe manejar estas diversas escalas de lo local, nacional y transnacional.

— *Manuel Castells, y usted también ha insistido en ello, ha observado que en la actualidad, bajo estas condiciones de circuitos de intercambios e interacciones múltiples globalizados de los que venimos hablando, el poder se ejerce hoy desde los flujos, mientras que las resistencias y disidencias intervienen desde los lugares. En este sentido, ¿de qué manera los procesos de globalización repercuten y transforman la conformación del consenso y la hegemonía, la conformación de la cultura política y de la legitimidad, las luchas por el poder y contra el poder? En las condiciones de la globalización ¿qué cambios sustanciales se están produciendo en las formas de dominación? Dicho de otro modo, ¿qué implican los fenómenos de multiculturalidad para la construcción de nuevas formas de gobernabilidad?*

N.G.C.: No me convence la diferencia tajante hecha por Castells acerca de un poder que se ejercería mediante flujos, en tanto las resistencias actuarían desde los lugares. Resistencias que no logran insertarse en los circuitos y actuar respecto de los flujos son bastante ineficientes; pero a la inversa, podemos decir que el poder se establece en lugares, las compañías transnacionales más globalizadas tienen sedes preferentes, Miami, Los Angeles, París, y

a veces sitúan sus empresas, o sus sedes productivas, aunque sean sólo maquiladoras, en los países periféricos. Tienen muchas razones fiscales, de flexibilización laboral y otras facilidades para elegir unos lugares u otros; no es una simple desterritorialización, porque los flujos se asientan, permanecen en ciertos lugares. También las resistencias deben actuar con gran flexibilidad, como hemos visto cuando se desplazan en pocos meses de Seattle a Davos, a Tokio. Las acciones políticas deben adecuarse a cambios sustanciales en las formas de dominación o de hegemonía que tienen que ver con la nueva estructura de la transnacionalidad y la interculturalidad. Me gustaría insistir en que esa redistribución del poder en un mundo globalizado no se hace sin los estados nacionales, sin los consensos o los servicios corruptos prestados por organismos locales; de manera que cualquier acción de resistencia o intento de reordenamiento de las relaciones de poder debe tomar en cuenta a la vez cómo el poder actúa en los flujos y en los lugares, y cómo hay que resistirlo y transformarlo en ambas situaciones.

— *No quisiéramos concluir esta entrevista sin pedirle algunas reflexiones sobre el pensamiento y los movimientos emancipatorios en el seno de la sociedad mediática. En cierta medida, se ha convertido en lugar común la idea del divorcio entre éstos y los medios de comunicación. Se ha señalado en repetidas ocasiones la incapacidad o impotencia del pensamiento y la política de izquierdas para resituarse en una esfera pública reorganizada desde hace unas décadas por las industrias culturales. Usted hace un llamamiento a escapar tanto del «adornismo»⁴, como posición elitista y cultista ante los medios y la cultura masiva, como de las posiciones neopopulistas de mercado. En su opinión, ¿a qué se debería este divorcio? ¿Cree posible que se pueda efectivamente llegar a abrir formas de comunicación sociopolítica alternativa en el ámbito de los circuitos de comunicación de masas hegemónicos? Por decirlo de otra manera, ¿es posible promover interacciones e intercambios mediáticos en los actuales circuitos comunicacionales que permitan el desarrollo de nuevas culturas políticas contestatarias, de una acción ciudadana y un pensamiento político emancipador sin que su expresión sea neutralizada o refigurada en mero espectáculo?*

N.G.C.: Se están produciendo nuevas formas de comunicación sociopolítica en los circuitos masivos y a veces en los controlados por los sectores hegemónicos. Hay en varios países canales de televisión, organismos empresariales de comunicación, que se han vuelto un poco más sensibles, a veces por intereses mercantiles, a las demandas sociopolíticas y la diversidad de gustos o los estilos culturales de los sectores desfavorecidos económica y

⁴ Con «adornismo» nos estamos refiriendo a la crítica de la cultura masificada y la industria cultural efectuada en el marco de los trabajos de la Escuela de Frankfurt, y especialmente desarrollada en textos como *Dialéctica de la Ilustración* (de Horkheimer y Adorno, 1947). La cultura de masas es contemplada como fundamentalmente reificada y alienante, como una "barbarie estilizada", frente a la cual estos autores reivindicarán un contenido genuino y crítico de la cultura y de la creación artística de vanguardia.

educativamente. Por eso, hoy es más posible que hace veinte años producir interacciones e intercambios mediáticos en medio de los grandes circuitos del espectáculo. Nos ofrecen *talk shows* donde distorsionan las culturas populares o toman lo peor, lo más ridiculizable, lo más burdamente conflictivo de ellas; pero también han crecido las mesas de debate, los espacios para extender y complejizar las agendas públicas. Esto es más visible en la prensa que en el campo audiovisual.

Sin embargo, entiendo que la debilidad de las demandas sociales y populares tiene que ver también con la baja organización de los actores. En América Latina y en los países latinos de Europa hay poquísimas organizaciones de consumidores, de televidentes, de actores mediáticos o informáticos. Por otro lado, existen unos pocos defensores del lector en algunos diarios, como *A Folha* de Sao Paulo, *El Espectador* y *El Tiempo* de Colombia, *El País* en España, mientras la mayoría de los medios de prensa actúa con notoria impunidad por la falta de estos *ombudsmen* y la desactualización de la legislación comunicacional. Ni hablar de la televisión, la radio o el cine, donde los consumidores están menos organizados. Avanzar en la organización de las demandas sería uno de los objetivos básicos de un pensamiento de izquierda, de movimientos que consideren que la recomposición de la vida pública y el reconocimiento de la diversidad de demandas sociales y culturales de cada sociedad es una de las formas básicas de ser de izquierda en el siglo XXI.

— *Insistiendo en estas mismas cuestiones, y para acabar la entrevista, ¿qué experiencias, actores o movimientos sociales, según usted, nos encaran con la posibilidad de una política intercultural que responda a los retos de la globalización? En este sentido, ¿qué significado cree que ha tenido o tiene Chiapas, Seattle, etc., como nuevas expresiones de contestación ante las formas dominantes del orden global? En definitiva, ¿vislumbra algún espacio de contestación política y cultural a las metáforas y narrativas del globalismo?*

N.G.C.: Es difícil hablar en conjunto de procesos tan diversos como los de Chiapas, Seattle, Porto Alegre y otros cuestionamientos a la globalización o al globalismo. Algunos de estos movimientos tienen en común el haber aprovechado las oportunidades comunicacionales de la industrialización de la cultura para hacer valer, con formatos novedosos, sus demandas, y cambiar la retórica de la política. Lo observamos, por ejemplo, en los primeros años del movimiento neozapatista de Chiapas, en México, y en su repercusión internacional. Pero el neozapatismo no puede avanzar mucho sin asociarse a algunos partidos para crear alternativas de democratización en el conjunto de la sociedad. Los avances democráticos que efectivamente están ocurriendo en México los últimos años se deben a la mayor transparencia de la competencia política y a una prensa y una televisión más permeables a la comunicación social y a la diversidad, aunque todavía esos cambios son poco significativos.

En cuanto a las protestas en Seattle, en Davos, en Washington, y otros puntos de reunión de organismos internacionales me parece que han tenido sobre todo el efecto de

performance, en el sentido artístico y comunicacional de acción irreverente y transitoria, sin que logren acumular fuerzas para producir efectivamente modificaciones en la gestión transnacional de los capitales, de las deudas, de los grandes conflictos.

Tal vez este último desafío comienza a ser asumido por la convergencia de movimientos sociales, como ocurrió en Porto Alegre, donde se trata de elaborar un nuevo pensamiento para afrontar la altísima explosividad social de muchos países. En algunos, esa explosividad deriva de las demandas pendientes contra las dictaduras de los años setenta y ochenta, principalmente en el cono sur de América Latina y en Centro América; en otros, procede de las deudas sociales acrecentadas por la economía neoliberal. Todo esto hace proliferar estallidos, protestas por violaciones a derechos humanos, que se suman a asaltos a supermercados, a ocupaciones de tierra, enfrentamientos de fuerzas represivas con movimientos indígenas, movimientos urbanos de desempleados y de empleados a los que les deben varios meses de sueldo. Los movimientos sociales de izquierda en Brasil, los de derechos humanos en Argentina y en Chile, los movimientos indígenas de Ecuador, México, Guatemala y Perú emergen de situaciones graves, y por eso insisten en reivindicaciones estructurales muy postergadas. En los últimos veinte años hemos visto la derrota de corrientes socialistas y el triunfo de tendencias neoliberales que dejan de lado esas transformaciones estructurales que tienen que ver con la justicia social, con la seguridad de las mayorías, con el indispensable empleo. Los partidos históricos muestran bajísima capacidad para representar esas demandas y eso hace que la explosividad social aumente.

Todo indica que va a aumentar el riesgo de estallidos y de descomposición en los próximos años; crecerán, por tanto, también las insatisfacciones y la ingobernabilidad. ¿Qué pueden hacer las políticas culturales? Pueden, me parece, funcionar como políticas elaboradoras de las incertidumbres y de los conflictos simbólicos, como movilizadoras de nuevos sentidos sociales, como lugares donde se reformulen los vínculos de la estructura social y política. No lograrán hacer mucho para transformar el nivel económico, pero pueden contribuir decisivamente, sobre todo a través de una nueva gestión de las industrias culturales y de la comunicación masiva, a construir formas de ciudadanía diferentes. No las llamaría alternativas, pero quizá puede aspirarse a que reformulen la agenda pública y las posibilidades de revertir la injusticia y la explosividad sociales.

3. SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

GARCÍA CANCLINI, Néstor: *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*, México, Siglo XXI, 1979.

—: *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen, 1982.

—: *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*, México, FELAFACS, 1987.

—: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

— (coord.): *Públicos de arte y política cultural*, México, INAH/SEP/UAM, 1991.

- (coord.): *El consumo cultural en México*, México, CNCA, 1993.
- : *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y vídeo en México*, México, CNCA/IMCINE, 1994.
- : *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.
- (coord.): *Culturas en globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración*, Caracas, Seminario de Estudios de la Cultura (CNCA)/CLACSO/Nueva Sociedad, 1996.
- et al.: *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos: México 1940-2000*, México, Grijalbo-UAM.
- : *Imaginarios urbanos*, Buenos Aires, EUDEBA, 1997.
- (coord.): *Cultura y comunicación en la Ciudad de México*, vols. 1 y 2, México, Grijalbo, 1998.
- y MONETA, Carlos (coords.): *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, Buenos Aires-México, EUDEBA/Grijalbo/SELA/UNESCO, 1999.
- : *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, 1999.